

PAPEL Y TINTA: INTERNET DE COMUNICACIÓN EN UN MUNDO ATLÁNTICO (SIGLOS XVI-XIX)

Manuel Romero Tallafigo

Catedrático Emérito de la Universidad de Sevilla

tallafigo@us.es

La palabra no dura más de cuando es pronunciada, pero la escritura todo el tiempo que fuere conservada; y la palabra si se oye, no se ve; pero la escritura se ve escrita y se oye, si es leída; e la palabra no se comprende sino de cerca, pero la escritura se hace sentir en cabo del mundo (Pedro de Navarra en *Diálogos de la diferencia del hablar al escribir*. Año 1560).

Internet es como una gran telaraña (cable convencional, fibra óptica, satélites, macromáquinas, micromáquinas) que envuelve como una red al globo terrestre. Por ella fluye y discurre la información digital (código binario de unos y ceros). Internet proviene del acrónimo INTERconnectedNETworks (red de trabajos interconectados). Mediante un clic de ratón, en cualquier punto de la telaraña los usuarios acceden a una información alfabetizada de textos y analógica de imágenes (webs, chats, correo electrónico). Las herramientas (software y hardware) son el código HTML («enguaje de marcas de hipertexto»), los servidores donde alojar las webs, los navegadores... En suma un artefacto potentísimo de información, que no pudo soñarse en el mundo atlántico tras los descubrimientos de Cristóbal Colón.

San Isidoro de Sevilla (556-936) en las Etimologías hablaba de cómo la información se transmitía en el espacio y la distancia a través de epístolas o cartas misivas o mensajeras. Asegura que antes de la aparición de la red de comunicación a través del papiro y del pergamino, pues él no conoció el papel, las cartas se confeccionaban en tablillas de madera y los que la transportaban desde el emisor al receptor se llamaban tabellarios o tablarios:

Epistolam proprie Graecivocant ,quodinterpretatur latine missa $\Sigma T O \wedge A s i v e \Sigma T O \wedge O I$ missavelmissi. Ante cartae et membranarum usum in dedolatis ex ligno dicellis epistolarum alloqui ascribebantur, unde et portitores earum tabellarios vocaverunt (6,8,17-18)

Pero gracias a la lectura alfabética el obispo de Sevilla habla de la mejor lección que un hombre puede recibir: la lección callada o leer callando. Y lo explica: Porque el entendimiento se instruye más cuando calla la voz del lector, y en ese silencio la lengua se mueve al mirar la escritura. Porque leyendo

con los ojos, en silencio, no sólo el cuerpo descansa, sino la punta de la voz se debilita, y la mente se informa y se entera mejor:

Acceptabiliorestsensibuslectio tacita quamaperta. Ampliusenimintellectusinstructurquando vox legentisquiescit et sub silentiolinguamovetur. Namclarelegendo et corpus lassatur et vocis acumen obtunditur (Sentencias, 3,14,9)

San Agustín (354-430) en Las Confesiones alababa a San Ambrosio (340-397) porque lo vio en su biblioteca de Milán. Leía en silencio y sus ojos eran conducidos por el magisterio de las letras en tinta a través de las páginas y en esa paz corporal, en que la lengua y la voz descansan, el corazón escudriña al entendimiento: El misterio de la lectura mental donde se oye sólo la respiración de las letras :

Oculiducebantur per paginas, et corintellectumrimabatur, vox autem et linguaquiescit (Confesiones, VI, 8 y Domínguez, 115)

En los siglos en que España era un mundo atlántico, reyes, consejeros y secretarios de la Metrópoli se instruían y comunicaban en el silencio de la lectura y en la distancia de virreyes, oidores, gobernadores, obispos y clérigos de Ultramar, mediante la escritura estampada con tinta en papeles de hilo que desde Samarkanda trajeron los árabes en siglos pasados. Una telaraña o una red compleja de resmas de papel apretadas de información, impulsadas por galeones y correos de postas. En esta conferencia intentamos hacer una reflexión del prodigio paradójico pero real de la ausencia presente y la distancia cercana, a través de un software de lectura alfabética y un hardware de hilo, agallas, caparrosa transportado por alisios en galeones y por caballos en postas y estafetas.

1. ESCRITURA Y GESTIÓN, AUSENCIA PRESENTE Y DISTANCIA CERCANA

El Archivo de Indias es uno de los monumentos más explícito de la potencialidad de la escritura. Monumento público y patente que como tal nos avisa de la autoridad que ejerció durante cuatro siglos uno de los ingenios humanos más colosales y singulares de los tiempos pasados. La pluma y la tinta sobre el papel plantearon un insistente pugilato para sojuzgar las distancias y los espacios de las nuevas tierras descubiertas. Los legajos de cartas fueron herramientas imprescindibles para cohesionar territorios dispersos desde y hacia un solo punto, el Rey, a quien se atribuyó con cierta razón aunque ilegítimamente “el imperio y el señorío del orbe” que regularmente se tomaba por toda la redondez del mundo (Francisco de Vitoria). La escritura era la pugna más monótona e incesante para prevalecer sobre la implacable gran distancia. Información, mensajes, avisos, recados y testimonios escritos, circularon y corrieron en tinta a través del innovador y “extraordinario sistema de comunicaciones oceánicas capaz de unir mediante convoyes anuales el Viejo y el Nuevo mundo y, utilizando como

plataforma intermedia el continente americano, enlazar Filipinas con Sevilla” en palabras de Pérez Mallaina (120). Armazón de puertos, bajeles, carabelas y galeones que funcionó perfectamente, con unos resultados muy aceptables, durante más de tres siglos como han demostrado los estudios sobre la carrera de Indias de Pierre Chaunu y García Baquero. Por ese armazón pasó mucho oro y mucha plata, muchos productos valiosos, pero también circuló y corrió la comunicación escrita en unas dimensiones cuantitativas desconocidas hasta entonces.

Las ondas sonoras, por ejemplo las que producen las cuerdas vocales, son vibraciones que tienen lugar en una materia, como es el aire, al ser recorrido por el sonido. Las ondas sonoras viajan a través de sólidos, líquidos y gases, pero no en el vacío porque no existen partículas que transmitan las vibraciones. El inventor italiano Guglielmo Marconi convirtió en 1894 la vibración sonora en señal eléctrica modulada que rebotaba en la atmósfera. Cualquier día puede aparecer otro inventor que sea capaz de recoger los restos de vibraciones sonoras del pasado y traerlas al presente. Este invento competiría en genio con la escritura. Durante los siglos del imperio español en las Indias la escritura no tuvo competencia en la comunicación a distancia.

En las puertas principales de la Fábrica de Tabacos de Sevilla en los clavos de bronce de las puertas figura un león coronado, con una garra sobre la esfera del nuevo mundo, y la otra con un cetro sobre el viejo. Un símbolo, que en el contexto de la comunicación escrita por todo el orbe, manifiesta una espléndida exhibición del poder de Fernando VI, señor de los dos mundos, el viejo y el nuevo, como promotor de dicho edificio. Con motivo de la fundación del Archivo de Indias en noviembre de 1786 se diseñó por José Aguilera una heráldica de carácter también planetario o de conexión de dos mundos lejanos a través de los papeles que la Lonja contiene. Un escudo con las dos columnas de Hércules y el Plus Ultra, portando sobre sus capiteles, una el nuevo y otra el viejo mundo. Entre las dos columnas un galeón grandioso, el que además de tesoros, traía cartas. Y sobre el todo de ese todo, las armas Reales de Castilla y León (AGI, Europa y Africa, 50). El escudo que hoy aparece en los legajos del Archivo de Indias, de hule diseñados en el siglo XX por el artista sevillano Hohenleiter, aparecen los dos mundos, y ambos lados las columnas de Hércules con el Plus ultra.

En su *Tienda de asados de la Reina Pedauca*, Anatole France novelaba al alquimista Astarac. Este había reunido una inmensa biblioteca de pliegos y pliegos, resmas y resmas, manos y manos. Se atreve a decir al abate Coignard el poder sin límites, el señorío sobre toda la naturaleza, que él tendría si esos pliegos cupieran todos en su cerebro. Sabría todo. Llegaría a sostener el mundo como a un cigarrillo con dos dedos. Sólo le bastaba con sustituir el cerebro por la memoria y sabiduría del archivo y

la biblioteca. ¿No fue esto lo que pretendió el rey papelero, Felipe II? ¿No constituyen los pliegos del Archivo de Indias la reliquia del cerebro que gobernaba territorios donde no se ponía el sol?

Si todos los renglones escritos sobre estas innumerables hojas de papel y pergamino cupieran bien organizados en el cerebro, señor, usted sabría todo, podría todo, sería el dueño y amo de la naturaleza, el plasmador de las cosas; usted tendría el mundo entre dos dedos de su mano, como yo tengo estas picaduras de tabaco (Citado por Polastron, 355).

El filósofo Emilio Lledó en su *Elogio de la infelicidad* hace una bella metáfora que encaja muy bien con lo expresado por Pérez Mallaína. La escritura, con todo su contexto de materialidad mineral, vegetal y animal, es también un “puente” que levantado engarza orillas distanciadas. Leer es cruzarlo en “uno de los más extraños prodigios de la memoria y de la vida”. Escribir es construir una pasarela o red de inmortalidad de siglo a siglo, en la profundidad de la antigüedad, de orilla a orilla, ciudad a ciudad, en la distancia de los continentes de nuestro planeta:

Levantar el puente por el que la humanidad circula olvidada ya del tiempo y de la distancia (2005).

Las cartas y papeles, esquelos y letras, emborronadas de tinta, discurrían transportados por ese “auténtico puente móvil de madera que cruzaba los dos mayores océanos del planeta por su parte más ancha, recorriendo la mitad de la circunferencia terrestre”, unos veinte mil kilómetros de longitud, al socaire de corrientes y brisas, en carabelas y galeones de tablones, lienzos y jarcias, presididos por el estandarte Real de Castilla. El imperio español lo sintetizó Ferdinand Braudel en dos vectores, los bajeles y los pliegos de cartas: “una gigantesca empresa de transportes por mar y por tierra. Además de los incesantes transportes de tropas, exigía la transmisión diaria de centenares de órdenes y noticias”. Aquí, según el autor, dentro de bolsas, portacartas y fardos de pliegos, registros y cuentas estaban los “lazos silenciosos, pero vitales” de una realidad tan extensa y dispersa como las tierras y riquezas de las Indias (I, 346).

Aristóteles, maestro de Alejandro Magno, en su *Política*, en el mundo griego fue el primero en afirmar la utilidad de las letras para la gobernación de los pueblos. Antes de él los sofistas y Platón ya habían subrayado el valor para el aprendizaje escolar:

Útiles como son las letras para los negocios, la administración, el aprendizaje y muchas actividades políticas (8.3.1338a 15-8)

La carrera de las cartas era tan esencial a la corona española como la del oro, la de la plata, la de la sal, o la de los tintes y colorantes. La escritura así se convirtió en la primera pista, red o *web* de información “con alcance verdaderamente planetario”, en siglos sin radio, sin teléfono ni fibras ópticas. Por tanto, dentro de la gran y esencial política, la escritura se codeaba con los ejércitos y los caudales de libras de oro y plata. Pero tampoco podemos olvidar las relaciones epistolares y personales de personas cercanas en corazones y lejanas en la geografía, para quienes las cartas eran, según escribía Gabriel Pérez del Barrio en aquellos años:

Mucha ayuda de consuelo nos dio a los ausentes esta invención y arte del escribir, pues las cartas familiares son respiración de ausentes y medicina del ánimo, el cual recrean entre las personas que más se aman, como su retrato a la vista (187).

Además las cartas pueden transformar una realidad en metáfora, una sustancia prosaica en bella apariencia, lo que las hace un instrumento político y social de virtualidades insospechadas para la representación del Rey o de una autoridad que necesita ser admirada para ser obedecida. San Ambrosio definía a la epístola o carta en la distancia como conversación entre ausentes por medio de letras escritas en las cuales resplandece la imagen de una presencia refulgente. La buena retórica puede conseguir que esa imagen imaginada sea una metáfora del imaginado:

Epistolaestsermoabsentium per litteras in quibus inter absentes imago refulgetpresentiae
(Patrología Latina, Epistula 41, 16, 1203)

Giovanni Botero (1544-1617) piomontés, pensador político, expulsado de la Compañía de Jesús, en su libro *Raison et gouvernementd'estat*, publicado en París en 1599, daba una visión certera de la sustancia del imperio que había pergeñado el rey Felipe II en su largo reinado. Decía que aunque los estados españoles estaban alejados unos de otros, no se los debía de estimar del todo desunidos, pues además del dinero, que el rey español poseía en mucha abundancia, y de los tercios, ejércitos y armadas que están en todas partes, los une a todos el mar y los océanos, de modo que no había estado lejano que no se pudiese socorrer por medio de las flotas (Braudel, I, 587). En éstas se transportaba el

impulso silencioso de la escritura de pliegos y pliegos, que se rompía en elocuencia visual cuando se leía su comunicación.

Un soneto dedicado a José de Veytia Linaje, autor del libro *Norte de la Contratación de las Indias Occidentales*, termina su último terceto metafóricamente, atribuyendo a la pluma, que vierte un surco de tinta sobre el papel, la categoría de brújula y guía en la navegación. Metáfora de la pluma como aguja imantada o de norte de los negocios ultramarinos: “Con que el difuso Mar (en quien se avía tantas dudas) ya puede navegarse, siendo tu celo Imán, Norte tu Pluma”. Sí, celo, imán y excitación, por ejemplo, hacia la plata de los dos celebrados cerros de Potosí, el erario de todas las naciones, desde Europa a Asia, y en tal cantidad “que pudieran empedrarse de ladrillos de plata y oro las calles de Sevilla con los tesoros que han entrado en ella” (Morgado, 15, 13). Pero sí también que el único Norte para la plata y la prosperidad era la pluma y la escritura, es decir los autos y registros del Consejo de Indias y de la Casa de la Contratación de Sevilla.

La escritura, garabatos en papel callados al oído, pero al mismo tiempo elocuentes a los ojos distantes e inteligentes, escritura que lo pretérito meses atrás y allá, lo hacía presente aquí y ahora, y que ingeniosamente hacía percibir cercano lo ausente y lejano, sirvió para hacer sensible y abarcable un espacio físicamente excedido a los sentidos de cualquier persona, por la grandeza de los océanos, y apremiante, por las dimensiones islas y continentes. Gracias a ese dominio ecuménico que la escritura tuvo en todo el orbe, por primera vez en la historia de la humanidad, tras los descubrimientos españoles y portugueses, deriva hoy la transcendencia del Archivo de Indias, archivo universal por excelencia, yacimiento y cantera del más bello oro histórico, donde a escala planetaria pueden trabajar los artesanos de la gran Historia. Ellos sólo tienen que interpretar esa memoria física de papel y tinta para construir la verdad que exige el oficio de historiador.

Stéphane Mallarmé afirmó “Le monde est fait pour aboutir à un beau livre” (citado en Huret) que en nuestro contexto podemos glosar que el nuevo mundo atlántico, su descubrimiento reino a reino, sus maravillosos perfiles, todo, estaba hecho para llegar a ser un hermoso y gran libro, que frase a frase, capítulo a capítulo, tomo a tomo, volumen a volumen se construye desde la escritura y la lectura de los legajos del Archivo General de Indias

2. LAS HERRAMIENTAS DE LA GESTIÓN DE LA RED. EL “SOFTWARE” DÓNDE SE ESCRIBÍA Y CON QUÉ SE ESCRIBÍA EN LAS DISTANTES INDIAS

Muchos siglos antes del descubrimiento de América, la chispa innovadora de la escritura estuvo en una convención o acuerdo asumido por los hombres de transmitir el lenguaje oral, huidizo, esquivo y efímero, a una forma visual, más terca y tenaz, condenada a morir sin morir y a duraciones que el tiempo no consume por estar estampada en arcilla, papiro, pergamino... Escritura, por un lado, y sociedad compleja y organizada, por otro, desde esa chispa se hicieron realidades inseparables. A sociedad más compleja, más escritura, más documentos, más archivos. A sociedad menos compleja menos escritura, menos documentos y menos archivos, En 130 mil años el hombre ha reinado sobre la tierra, pero el hecho tan decisivo de la invención de la escritura, sólo vino a producirse hace sólo unos 5 mil años y a partir de ahí el tiempo se hizo más complejo y enredado, porque se hizo la historia. Madariaga lamentaba, según expresa en una lámina el maestro calígrafo Santiago Palomares, que el primer hombre, Adán, no hubiera usado la pluma. Hoy tendríamos con su lectura una ciencia clara de todas las cosas naturales:

Es la pluma tan acertado y eminente instrumento del entendimiento humano, que si tan presto como al primer hombre le fue dado entendimiento, se aprovechara de la pluma, todos fuéramos muy sabios, por quetubiéramos ciencia clara de todas las cosas naturales sin sofistería, ni error alguno (8).

Del software ideográfico al alfabético

El cerebro humano con cientos de miles de millones de células y neuronas se articuló maravillosamente en tres áreas para concebir y producir la escritura: Una receptora de información por los sentidos del oído, de la vista..., otra dedicada a procesar tal información y a prepararla, para que la tercera área, un conjunto de neuronas asocie las informaciones y elabore síntesis mentales. Estas síntesis son de ideas, palabras articuladas, y de voces con símbolos escritos. Somos capaces de escribir lo que pensamos, lo que oímos, lo que sentimos, lo que imaginamos y lo que recordamos.

Del universo selvático de pictogramas para cada cosa concreta de este variado mundo de cosas y formas, pasó el hombre al ideograma o escritura de conceptos y acciones. Pero el paso innovador por excelencia, hoy todavía vigente, estuvo en el segundo milenio antes de Cristo, en el siglo XIII, cuando los fenicios con 22 signos sencillos, sólo 22, codificaron 22 sonidos consonánticos de lo oral. Hicieron una primera revolución “informática”, si entendemos por este término el máximo de información con el mínimo de elementos. Ya vendría, la que conocemos hoy, en que toda la información se guarda en sólo combinaciones de unos y ceros. Tales signos alfabéticos, que hablaban elocuentemente a los ojos, fueron el vehículo de comunicación en el complejo tráfico marítimo y mercantil de los afanosos fenicios

desde sus oficinas comerciales de Tiro y Cartago a todas sus colonias en nuestro mar Mediterráneo. Cádiz, Málaga, Cartagena y otras muchas ciudades púnicas conocieron alfabeto.

En el siglo X antes de Cristo los griegos, constituidos en compleja sociedad, adoptan el alfabeto fenicio pero crean cinco signos más para las vocales. Hicieron así el alfabeto más universal porque con las vocales se asumían los sonidos de más lenguas. Tres siglos después los etruscos construyen el arcaico y proteico alfabeto latino, el de la literatura de Cicerón y Virgilio, el que utilizó Cristóbal Colón en sus cartas a los Reyes Católicos o Hernán Cortés en sus memoriales al rey emperador Carlos, y el nuestro, el que estamos viendo en esta ponencia impresa.

La transcripción de la dicción oral al vocablo escrito en alfabeto permitió separar las palabras, manipular retóricamente el orden de las mismas y desarrollar argumentos y silogismos, importantísimos en la comunicación política y comercial. En el Archivo General de Indias, en Sevilla, los nueve kilómetros de estanterías, llenas de papeles están todos garabateados con los veinticinco signos del alfabeto latino durante tres centurias por medio de los cañones de plumas de ave, levísimos de peso, pero que cargaban bien la tinta y mansamente la goteaban y chorreaban en un surco sobre el papel. La máxima información, en la mínima cantidad de las veinticinco letras latinas. En los siglos del descubrimiento y colonización de territorios tan distantes y con tanto trasiego de comunicación, sin radio, sin teléfono, el alfabeto fue fundamental.

Excelencias del software alfabético en tiempos de galeones

¿Por qué ha sido tan alabada la escritura alfabética como ingenio de la humanidad? ¿Por qué dos milenios después de su invención fue una de las herramientas indispensables de gestión de los nuevos océanos y continentes?

San Isidoro de Sevilla (556-636) en sus *Etimologías* reconocía en la escritura el silencio sin voz, pero con una fuerza latente, inaudible y comunicativa a los ojos, que nos hacen percibir los dichos del ausente en el tiempo y la distancia. La palabra pronunciada no dura, sí se oye, no se ve, y se comprende de cerca; la palabra escrita Dura y permanece, se oye cuando se lee, se ve y se comprende en la más remota lejanía del que la pronunció:

Las letras son índices de las cosas, signos de las palabras, cuya fuerza es tanta que nos dicen, sin voz, los dichos de los ausentes. Así que las palabras se perciben por los ojos, no por los oídos (I, II, III).

Los cabalistas medievales interpretaron la famosa frase de la Biblia “Y Dios dijo, hágase la luz, y se hizo la luz”, con un significado: el poder mágico del mandato creador de Dios brotó de las letras con que estaba enunciado. Por tanto el libro del Génesis, escrito seis siglos antes de Cristo, revela que el todopoderoso dios de los israelitas creó el universo con la ayuda de los números cardinales del uno al 10 y las veintidós letras del alfabeto. Este postulado cabalístico de los números como instrumentos de la creación del universo se relaciona con las teorías de Pitágoras y del neoplatónico Jamblicus; pero la adscripción a las letras del alfabeto sugiere un intento de enfatizar la autoridad doctrinal de las Sagradas Escrituras y prevenir y obstruir toda posibilidad de ser retadas e impugnadas (Staikos, 15).

Texto escrito y conversación, renglones calografiados y párrafos hablados, comas y puntos y pausas en el discurso, son procesos paralelos según la *Orthografiapracica* del calígrafo Juan de Iciar. Dice perspicazmente como “la escriptura no es otra cosa que un razonamiento y plática con los ausentes, hállanse en ella las mismas pausas e intervallos señalados con diversas maneras de rayas y puntos” (B,III). Descifrando la escritura paleográfica del Archivo General de Indias, si se atiende al sistema de signos que indican pausa, y leyendo en voz alta, cualquier investigador de hoy tiene la sensación de una conversación entre ausentes, un investigador de hoy y un virrey de ayer, separados por varios siglos.

El humanista y sevillano, Pedro de Mexía (1497-1551), en su *Silva de varia lección*, con una captación de las distancias mayor que la que hoy tenemos, afirmaba que los signos de las letras, ya en su tiempo, hacían que los que estaban lejos, en las lejanas Indias, apartados por el inmenso océano, se juntaban y comunicaban como si estuvieran presentes; las letras mágicamente apiñaban a los hombres separados, como si no se alejasen:

Las letras son amparo y guarda de todas las otras invenciones y que sin ellas ninguna se puede sostener. Y, allende desto, las letras hazen a los hombres quasi inmortales, haziendo eterna la memoria dellos. Las cosas que ha mil años que passaron, nos las ponen presentes; los que están lexos, muy apartados, los juntan y comunican, como si no se apartasen (III, 1).

Luis de Zapata (1526-1595) en su *Miscelánea* nos manifiesta el miedo que los indios americanos sintieron cuando por primera vez se asombraron ante la magia habladora de la escritura, poseída ésta de un alma dentro de la tinta, que hablaba a los españoles en la distancia y que según ellos producía hormigueo en las manos:

...no estaban fuera de razón aquellos primeros indios bárbaros en no osar tocar una carta y así se llevaban algunas de unas a otras partes en una caña o en palo en alto, que creían como la veían hablar, que picaba (486).

En el silencio, estático como una losa, de aglutinantes, mordientes y colorantes de las tintas, las escrituras no admiten refutación alguna, no permiten espejismos de la memoria. Cuando las palabras son manuscritas alzan el vuelo y desde su firmamento siempre avisan, instruyen, enseñan y recuerdan lo mismo. Se oficia hoy, en la sala de investigación del Archivo de Indias, en esos papeles añosos, surcados e hilvanados con rasgos y trazos de tintas ferrogáficas, la liturgia del saber histórico. Ese saber que hace presente y palpitante al pasado, porque los documentos cuentan mucho, si se les pregunta bien y se sabe escucharlos.

3. LAS HERRAMIENTAS DE LA GESTIÓN DE LA RED. EL “HARDWARE” DÓNDE SE ESCRIBÍA Y CON QUÉ SE ESCRIBÍA EN LAS DISTANTES INDIAS

Desde el nacimiento remoto del habla, las palabras pronunciadas son discursos efímeros, son en expresión de Ramón Loureiro “vientos de voces”. Huyen y desaparecen sus ondas como los garabatos estampados en la arena de una playa fenecen con la pleamar. Igual que desde la antigüedad los sacerdotes utilizaron el agua para llamar a la lluvia, y la llama para calmar la tormenta, también utilizaron la calidad duradera del barro cocido, del mármol y del bronce para contagiar a la palabra volátil con la inerte, fija y pretendidamente imperecedera materia. Placas, lápidas, tablillas en los que se inscriben ideas, normas y afectos que se resisten a morir. Si en Mesopotamia la escritura nació en los templos con fines administrar los cultivos y la ganadería, en China, los primeros vestigios de la escritura son inscripciones hechas en los huesos escapulares de los difuntos para comunicarse los vivos con ellos.

Los caracteres que leemos en el memorial de amargas quejas del dominico Fray Bartolomé de las Casas al Emperador Carlos, son físicamente formaciones de diminutas partículas o átomos de

hidrógeno, oxígeno, carbono, con sus valencias positivas y negativas, con sus estructuras fuertemente unidas en formaciones regulares estudiadas por la química. Átomos que pueden vibrar, aunque unas fuerzas más intensas las mantienen en su lugar. Sólo cuando ceden se disgregan. La materia escrita por ello se ve, se toca, se oye, se moja, arde, se enfría, se dilata, se rompe, se disgrega, es atacada por hongos y líquenes, pesa fuerte o levemente, En una carta de Cristóbal Colón hay un volumen relacionado con la masa, que nos da la densidad de la materia papel y tinta. El oro tiene una fuerza interior entre sus átomos, traducida en la densidad de 19, 3 gramos por centímetro cúbico, el agua de 1, mientras la celulosa que forma la consistencia de un papel tiene mucha menos consistencia entre sus átomos y tiene una densidad más o menos entre 0, 65 y 0,2. Con esa leve densidad las palabras de De las Casas y de Colón han durado, se oyen, se ven y se comprenden desde hace casi 400 años.

En el Archivo General de Indias se resguardan y aprietan en sus bellos y atados legajos dos soportes de escritura: El pergamino o pargamino, según Nebrija escribían en 1495, y el papel. El primero es minoritario, el segundo, mayoritario. Con ambos se consiguió formar libros cuadrados, muy útiles hasta hoy mismo en la gestión, a pesar de la dura competencia con los libros electrónicos.

El pergamino o piel de res

En pergamino permanente y perpetuo, cómo no, se conserva el Tratado de Tordesillas, firmado el 7 de junio de 1494, entre Fernando e Isabel, los reyes Católicos, y Juan II de Portugal para repartirse el océano Atlántico y el Nuevo mundo por el meridiano situado a 370 leguas de las islas de Cabo Verde:

que se haga y asigne por el dicho mar océano una raya o línea derecha de polo a polo, del polo Ártico al polo Antártico, la cual raya o línea e señal se haya de dar e dé, como dicho es, a trescientas setenta leguas de las islas de Cabo Verde para la parte de Poniente....

En pergamino también y por la misma época se conservan las llamadas cuatro bulas alejandrinas del papa Alejandro VI a los reyes Católicos que, según la teoría medieval del poder papal sobre las islas, daba legitimidad divina al dominio, doblamiento y colonización de los inmensos mares y tierras descubiertas y por descubrir (*omnes insulas et terras firmas inventas et inveniendas, detectas et detegendas versus occidentem et meridiem*), a cambio de evangelizar y convertir a los indios. Francisco I, rey de Francia se quejaba de estar excluido del contenido de estos pergaminos, de un modo que hoy nos sorprende. Buscaba irónicamente nada menos que del testamento de Adán y Eva: “El sol brilla para mí tanto como para los demás. Vería de buen gusto la cláusula del testamento de Adán en la que se me excluye de la repartición del orbe” (Adolf Rein).

Eran pergaminos, guardados primero en la capilla archivística del mejor cubo del castillo de Simancas, luego en la principal sección del Archivo de Indias, Patronato, porque como el polémico dominico fray Bartolomé de las Casas aseveraba en sus *Treinta proposiciones muy jurídicas*:

Sapientísima, próspera y justamente el Vicario de Cristo –el Papa– por autoridad divina, para evitar confusiones, dividió y puede dividir entre los príncipes cristianos, los reinos y provincias de todos los infieles de cualquiera infidelidad o secta que sean: encomendándoles la dilatación de la fe.

En cubiertas de pergamino también, como aparentes libros becerros, así llamados por su piel, se recubrían y resguardaban los libros manuales de gestión, como los registros de pasajeros a Indias y las copias fehacientes de los cartas y documentos enviados por el Rey a las posesiones indianas.

Sebastián de Covarrubias con un castellano castizo definía en 1610 al pergamino: La piel de la res limpia del vellón, y de la humedad y jugo de la carne, raída y estirada, y aderezada queda muy blanca y muy a propósito para escribir en ella”. Es decir la piel de ternera, o de ovino o caprino, adobada con cal, seca, sin jugos de carne y sin pelo, alisada y estirada es el *pergamino*. La piel es más abundante y más distribuida en el mundo que su antecesor el papiro. El colágeno, principal componente de la piel, está formado por haces de fibras de una las proteínas más resistentes y tenaces de la naturaleza. El artesano de la piel animal, el entonces llamado zurrador, para transformarla como soporte de la escritura, aplicó tratamientos mediante baños en cal que expulsaban la grasa del cuero, mediante cuchillos depiladores y aplastadores de la dermis, mediante pulidos y raídos con piedra pómez que la alisasen y mediante bastidores que la oreasen y estirasen.

Quedaba así la irrompible fibra de colágeno aislada de la grasa, de la carne y de su jugo, del vellón o pelo y de las impurezas y el que tarde o temprano traen la pudrición o corrupción de las grasas y gérmenes. La dermis seca, sin agua y sin sebo, sin colorantes y semicurtida, bien estirada, se convertía así en el pergamino, en la membrana de pergamino: Se plegaba y doblaba sin romperse, se cosían con aguja e hilo sin desgarrarse, se formaban libros cuadrados o códices sin romperse ni quebrarse. Estaba claro por que este material se prefería para resguardar los documentos importantes.

El sevillano Pedro Mexía, en pleno siglo XVI, antes que Covarrubias enfatizaba a la vitela, piel de becerro recién nacido, y el pergamino, piel de ternera joven, para escribir por su funcionalidad y perdurabilidad: “De manera que el escrevir en pergamino fue cosa más fácil y duradera que lo otro más antiguo de las cortezas y hojas; y assí nunca se ha perdido ni se perderá” (III, 2).

Pero ¿cuántas teneras hubieran sido necesarias para imprimir 500 ejemplares de la Biblia de Gutenberg, o para escribir los 9 kilómetros de pliegos apretados que soportan las baldas de las estanterías del Archivo de Indias? Gracias a la invención del papel por Tsai-Lun y gracias a los árabes de Al-Andalus que lo importaron a Europa ese problema no se planteó a los gestores de la administración de las Indias.

El reinado del papel o telica de trapo

Por ello el *hardware*, o las partes físicas del mayor número de informaciones escritas de las inmensas Indias estaban en “una como telica blanca y muy sutil” según decía el Diccionario de Autoridades de la Lengua española editado en 1727. Esa telica o papel elaborada entonces con trapos de lienzo molidos en un batán, con mazos movidos por el agua, es la materia física que más pesa hoy sobre las baldas del Archivo de Indias, y ayer en las bodegas y cámaras de galeones donde se guardaban los balones, fardos y líos de los correos.

En el navío San Francisco, conducido por el maestre Lope Sánchez, vecino de Triana, llegó un 25 de diciembre de 1512 a San Juan de Puerto Rico, el obispo Alonso Manso. El teniente de contador, García Troche, hizo un borrador de las cosas descargadas pertenecientes al obispo, dejando constancia de una duda mediante la expresión “Ojo. Ha se de saber si ha de pagar derechos el señor Obispo”. Ese borrador, conservado hoy en el Archivo General de Indias, nos va a revelar los útiles de escritura que portaba el obispo desde Sevilla en “serones, arcas, líos, cajas enforradas, maletones y cofres”. Junto con imágenes de la Virgen María, una grande y otra chiquita, una balanza para oro con sus pesas, cajas de carne de membrillo, dos cajas de confites, y media fanega de almendras, figuraban también unas escribanías con su aparejo, un cartapacio grande, media resma y siete manos de papel (Tanodi, 160-164). Significaba también el registro del teniente de contador que el obispo portaba 425 pliegos de papel en blanco, que alguno hoy podríamos recuperar en la serie de cartas de los obispos de Rico remitidas al Rey que se conservan en el Archivo General de Indias.

El dios Mercurio con su alado calzado, el mandadero ligero de Júpiter, el planeta veloz y más cercano al sol, el dios que no se pierde en los caminos, fluido y dinámico como el azogue que iba para

las Indias, era el patrono laico y rey de los comerciantes y traficantes en sus correrías transoceánicas. Cuando Miguel de Cervantes imagina su viaje al Parnaso de los dioses ve a Mercurio subido en un trono de seis resmas de papel, es decir, sobre un montón de tres mil pliegos o seis mil folios. Ese es su trono. El cimiento del éxito comercial, las resmas de papel, no el oro y la plata. Era vehículo importantísimo en el comercio de entonces tanto que sostenía al cetro y corona de la deidad mercantil. Mercurio, el mensajero de los cielos desafiaba con la levedad de las cartas el reto de las leguas y millas del nuevo mundo:

Del gran Mercurio la cabal persona
sobre seis resmas de papel sentada,
iba con cetro y con real corona (c. 3).

No es el único testimonio de la época sobre el Reino del papel. Lo hizo también el erudito jesuita Baltasar Gracián (1601-1658) en su alegoría de la vida humana, *El criticón*, equiparable al *Quijote* y a *La Celestina*. En una competición entre las Artes y las Ciencias, coloca en primer lugar, en el “trono de mando”, a las cartas mensajeras y en representación de ellas a uno de los libros más famosos que enseñaba a redactarlas en su tiempo. Lo justificó mediante un aforismo e identificación contundente de reinar y escribir en papel:

Finalmente -dijo- este librito de oro fue parto noble de aquel célebre gramático, prodigioso desvelo de Luís Vives, y se intitula: *De conscribendis epistolis: Arte de escribir...* No pudo acabar de pronunciar cartas, porque fue tal la risa de todo aquel erudito teatro, tanta la tempestad de carcajadas, que no pudo en mucho rato tomar la vez ni la voz para desempeñarse. Volvía ya a esconder el librito en el seno con tal severidad, que bastó a serenarlos, y muy compuesto le dijo: —Mucho he sentido el veros hoy tan vulgarizantes. Sólo puede ser satisfacción el reconoceros desengañados. Advertí que no hay otro saber en el mundo todo como el saber escribir una carta; y quien quisiere mandar, platique aquel importante aforismo: *Quivultregnare, scribat, quien quiere reinar, escriba.* (II, XII).

El *papel occidental*, un funcional y copioso fieltro, apelmazado con fibras de hilo sacado de lienzos y trapos de lino, fibras de cáñamo y ramio, fue dotado además con diferentes cargas y aprestos para hacerlo más apto para la escritura: minerales para dar más consistencia opacidad y tersura, como cal, caolín, barita o sulfato de bario, arcilla; con orgánicos como cola, almidón y resina para impermeabilizarlo de la absorción de las tintas, para que éstas no se corrieran entre las fibras, y aprestos blanqueadores como la cal y los azuletes de cloro, éste a finales del siglo XVIII. Los chinos y japoneses los cargaban de extractos de sándalo y de resinas de copal con fines antisépticos. En los papeles de la Audiencia de Filipinas del Archivo de Indias se encuentran papeles orientales.

Las fibras celulósicas de lino, cáñamo, ramio, rara vez el algodón... eran de alta calidad tanto en la blandura para poder deshilacharlos en un jugo o licor de microfibrillas, como en la calidad de sus mezclas para competir consistencia con las fibras colágenas del pergamino. La calidad del papel artesanal, con sus marcas de agua o filigranas, sólo puede compararse hoy al de las pastas químicas de la industria papelera de hoy día.

A las fibras se les daba baños de límpidas aguas, que no habían pasado por lugares contaminantes de suciedad, para conseguir la celulosa más pura e incorruptible, sin partículas ni esporas de corrupción que afearan la vista del escribiente. Las herramientas de los molinos artesanos de papel se mantenían y alimentaban de agua cuidadosamente para que no dejaran partículas metálicas de hierro, cobre y cinc en el papel y rehuir las motas de óxido, que el tiempo y la humedad hacen tan características en este soporte.

El mortero manual chino para separar fibras, luego la piedra de molino movida por energía hidráulica de los árabes, y luego el árbol de los mazos batanes con diferentes dientes de cortar, presionar y molturar de los artesanos italianos dieron gran resistencia mecánica al papel artesano frente a los jirones, los dobleces y los cosidos de la encuadernación. En el siglo XVII, el rodillo de la pila holandesa, cubierto por dientes como cuchillos, dio más velocidad al proceso, pero la velocidad de producción supuso una pérdida de resistencia.

El papel es leve por su peso. Cualidad que hace que se almacene mucha información en relativamente poco volumen. Era entonces, por ello, un soporte muy informático. Esto hace más transportables a los documentos y los libros, y es una ventaja en caso de desastre para movilizarlos a lugares seguros.

El papel pese a su aparente debilidad es más entero que el metal. Los llamados clips o las grapas del siglo XX se descomponen totalmente con el tiempo, dejan sólo su mancha de óxido, pero el papel perdura. Aunque los contemporáneos de los reyes Felipe II, Felipe IV y Carlos III nunca los usaron. Porque horadaban cuidadosamente el papel para ligarlos con un lazo de tejido que se ataba y desataba. Así iban atados los pliegos de los oficiales Reales de América, cuando las mandaban a la Contaduría del Consejo de Indias en Madrid para ser reconocidas año tras año, en una perfecta serie trisecular de documentos horadados o en la cuerda floja.

En los siglos XVI, XVII y XVIII el papel no le faltó a España. Tuvo que haber un buen suministro, para que durante tantos siglos estuviera al servicio de la burocracia y comercio emprendedor de los españoles. Las cortes solicitaron a los reyes que se intensificaran los viejos cultivos – el del lino, por ejemplo – para facilitar la fabricación de lienzos e hilados. Luis Ortiz, contador de Carlos V, presentó, en 1558, a la princesa doña Juana un memorial de medidas económicas. Estimaba que la plantación del lino en los reinos de Castilla pararía la salida de 2 millones de ducados, provocada por la importación de hilados y papel (Sánchez Albornoz, 332).

Esta continuidad es un aspecto digno de destacar porque hasta el último tercio del siglo XIX la única materia prima era el trapo de tela o lo que es lo mismo de hilo de lino o de cáñamo. Gracias a eso los papeles del Archivo gozan de una conservación inmejorable, por eso no amarillean ni craquelan como los papeles actuales. Mantienen su color blanco crudo, como de sabana de hilo de lino. En los siglos de la colonización la camisa se había hecho habitual en las costumbres y ello provocó una pujante agricultura del lino. El papel de hilo resistió el exceso de consumo que se produjo con la invención de la imprenta, por un lado, y con las comunicaciones transoceánicas, por otro. La materia prima creció a medida que los escribanos, cada día más numerosos, asistían a una administración y comercio más amplios. Llegó un momento que el equilibrio se rompió. Si hay que creer al astrónomo francés Jerome Joseph Lalande (1732-1807), en sus viajes por Inglaterra, para remediar la escasez de papel en una sociedad cada vez más escritora, una ordenanza inglesa del siglo XVIII prohibía sepultar los muertos con lienzos de tela, con la finalidad de recuperar una libra de materia prima por cada inhumación. La revolución industrial con la invención de la máquina de papel continuo agravó esta situación, a pesar de que se reemplazó el lino europeo por el algodón de las colonias, que además era menos costoso.

Honoré Balzac en 1825 en su obra *Illusionsperdues* decía que “no se podía forzar la producción de trapo, que era el resultado del uso del lienzo por la población de un país”, a menos que se produjera un aumento de los nacimientos de personas, cosa que no era fácilmente manejable por el poder. “Por lo cual las necesidades de papel en Francia eran un doble o un triple superiores a los trapos que producían sus gentes. Por lo que para “mantener el papel a bajo precio era preciso introducir en su fabricación un elemento distinto que el trapo” (Martin, 11-12). Los deseos de Balzac se verían cumplidos cinco lustros después cuando varios ingenios papeleros sustituyeron un producto elaborado y relativamente raro, el trapo (lino, cáñamo o algodón), por otro natural y abundante, la madera o celulosa. Hoy día las materias leñosas constituyen el 94 por ciento de la producción papelera. Pero en el Archivo de Indias hay muy poco papel industrial.

Los mayas de Guatemala, la civilización prehispánica con mayor nivel de escritura, no tenían este funcional papel. Funcionaban con la piel de venado y el llamado “papel” de amate. Éste se hacía

con la albura o corteza blanca de raíces aéreas de un ficus, especie de árbol de higuera que abunda en la zona de México y Guatemala que segrega un jugo lechoso. Los lienzos de piel o del amate se empalmaban para formar largas tiras que se plegaban para formar un libro biombo, porque se abrían, cerraban y desplegaban como él, pero que no superaban la funcionalidad lectora de los códices o libros cuadrados de España, plegados sí pero unidos y cosidos, tanto en pergamino como en papel, que resistían y se servían de la fuerza del hilo que agregaba un cuaderno a otro. El amate para escribir necesitaba en primer lugar un estucado o capa de imprimación de goma y cal. Cuando se escribía, en realidad se pintaban los grifos como si fuera en un muro encalado.

El libro manuscrito

Otro instrumento fundamental en la gestión de las Indias fue el libro cuadrado en su versión de pliegos de papel cosidos por hilos y con una cubierta de pergamino o becerro. Abundan mucho esos manuales que hacen competencia a los muchos pliegos sueltos de cartas y expedientes en el Archivo de Indias. Al igual que la aparición de la letra minúscula se amasa en el siglo I de Cristo, también se produjo el hasta hoy invencible libro cuadrado o códice, que todavía no ha perdido su pugna con el libro electrónico. Antes, y aún entonces, el libro era lo mismo que un rollo que se escribía en columnas paralelas a lo largo. Cuando Cicerón escribía en tiempos de Julio César los libros se enrollaban y adquirían forma de columnas. Las páginas se desenrollaban sucesivamente según se leían. Una página era el conjunto de tres columnas escritas que se podían abarcar poniendo el rollo sobre las piernas y sosteniendo los extremos con ambas manos. El acto de lectura era una práctica bastante compleja, teniendo las dos manos ocupadas para mantener abierto el volumen, enrollando por un lado y desenrollando por otro. Con lo cual era imposible trabajar con varios volúmenes a la vez, era imposible puntear o tomar notas por no tener ninguna mano libre, era muy difícil la lectura seguida y casi imposible las consultas y las notas rápidas. En el volumen enrollado se aprovechaba sólo una cara, en el cuadrado ambas.

Es inimaginable ver a un oficial de la Real Hacienda de Indias confrontando un libro enrollado del escribano de minas, donde aparecía la plata extraída y la fundida, con otro libro, también enrollado, del tesorero donde figuraban las remesas. No tenía manos ni ojos. El libro cuadrado o becerro permitía comparar entre sí tres cuentas diferentes sobre un mismo objeto, o cuentas de diferentes años y períodos. Un secretario del Consejo podía tener sobre su mesa muchos libros abiertos y vademecums y no tenía el peligro que, según Plinio el Joven sufrió su preceptor y maestro, el anciano Lucio Verginio Rufo (14-97). Este a la edad de 83 años, leía de pie un volumen o rollo tan pesado que se le cayó de las

manos. Lo quiso agarrar, perdió el equilibrio, se cayó de bruces, se rompió la pierna y murió. Los rollos tenían normalmente una longitud de 10 metros aunque aún se conservan de 60 y 70 metros. Hoy día lo Torah judía se copia en un volumen enrollado, porque su carácter sagrado y tradicional impide copiarlo en un libro cuadrado. Su peso alcanza casi los 25 kilogramos. Longitudes todas que hacen muy difícil su manejo, incluso peligroso (Barbier, 22). Está claro que fue una revolución para la lectura, la escritura y la gestión administrativa, y así ha sido celebrada, el tránsito del rollo al libro cuadrado o del volumen al códice. Con esta Revolución que hay quien la ha comparado con la invención de la rueda, se hizo posible abarcar información en poco espacio y emprender mejor la lucha contra la larga singladura de los océanos.

Para el gobierno y la hacienda, el libro manuscrito fue fundamental desde el principio de la conquista de las Indias. En 1511 en una Real provisión de 2 de mayo de 1511 dirigida al contador de Puerto Rico se le especifica el deber de tener libros encuadernados con papel de marca mayor, es decir un libro mayor en longitud, latitud y grueso que el pliego ordinario y regular de carta. En esa superficie amplia se asentaban por partidas todas y cada una de las rentas del rey, lo que valían en provechos e intereses cada año. En otro libro del tesorero, seguramente de papel marquilla o medio entre el común y el de marca mayor, con dimensiones muy buenas para guardarlo con el tesoro dentro del arca de las tres llaves. En él se anotaba lo que recibía en la caja a cargo, día por día, de las rentas del oro, plata y perlas, y también los libramientos para pagar salarios y granjerías. Esos dos libros eran el compendio que permitía percibir el estado de las cuentas. A su vista panorámica y cómodo se confeccionaban larga y particularmente las cartas y relaciones de los oficiales reales, dirigidas al rey, que hoy se conservan en el Archivo General de Indias (Tanodi, XIII). Si esas cartas y relaciones se perdían en un naufragio, ahí estaban los libros como copias de seguridad en un buen papel para recomponerlas y reenviarlas.

Otros libros cuadrados o manuales fueron muy útiles para marcar sobre el mismo terreno los derroteros y atraques de naos en las costas recién descubiertas y desconocidas. Como cuando los pilotos y marineros cumplían la obligación legal de *Las ordenanzas de nuevos descubrimientos y poblaciones*, dadas por Felipe II en 1573, y escribían con una mano sobre una barquichuela

con la sonda en la [otra mano... vayan notando los bajos y arrecifes que toparen descubiertos y debajo del agua...y en el libro que para ello cada navío llevare lo asienten todo en las alturas y puntos que los hallaren, consultándose los unos del navío con los otros, las más veces que pudieren (CODOIN, 489).

O cuando en los oleajes los descubridores por mar hacían comentarios y memoria de todo lo que veían, acontecía y hallaban en las tierras nuevas y novísimas. Todo lo tenían que asentar, corregir y mejorar con la pluma en una mano y en la otra en el manejable libro cuadrado,

e después de asentado, se lea en público cada día, delante de los que fueren al dicho descubrimiento, porque se averigüe más lo que pasare y pueda constar de la verdad de todo ello, firmándolo de algunos de los principales; el cual libro se guardará con mucho recaudo para cuando vuelvan lo traigan y presenten ante el Audiencia con cuya licencia hubieren ido...(CODOIN, 493)

Otra vez el libro es el fundamento de las cartas que llegaban a la corte del rey, pues las Audiencias debían enviar relación de todo ello larga y cumplida al nuestro Consejo de las Indias para que se provea sobre ello lo que convenga al servicio de Dios y al nuestro. El libro encuadernado, más manejable que el pliego y la hoja suelta, fue un instrumento fundamental para confeccionar los mapas de América y Oceanía, y los derroteros por mares revueltos y peligrosos de los galeones cargados de riqueza.

También las Audiencias provinciales de las Indias estaban obligadas a llevar un libro de vecinos con los resultados de sus informes sobre ellos, “con sus servicios y premios. Regularmente enviaban copias al Consejo de Indias. Esas informaciones y servicios de los indianos eran muy útiles al gobierno para su política de nombramiento de cargos de confianza. El engranaje del personal al servicio del Rey estaba garantizado con esas informaciones sintetizadas en un cómodo manual, del que salían las series de “Informaciones y Servicios de personas seculares y eclesiásticas “ que forman parte de las cartas de las audiencias y de una serie especial, muy consultada para las biografías de indianos, que se halla en los papeles de Gobierno del Archivo de Indias.

Plumas, tintas y salvaderas

Es difícil hoy para las jóvenes generaciones imaginar cómo se escribía. Por ello otro elemento del hardware es el utensilio de escribir. En las oficinas del Consejo de Indias en Madrid o en las dependencias de la Contaduría de la Casa de la Contratación en Sevilla, se empastaban letras sobre el papel con las piernecillas abiertas de una *pluma o cañón de ave*. No se puede sostener que la pluma de ave suplantó totalmente al cálamo de caña desde el siglo VII: Como hoy mismo y desde hace muchos siglos el cálamo de caña se ha empleado para hacer grandes letras iniciales, para dibujo y para letras de mucho peso o contraste de gruesos y finos, a veces en los mismos lomos de los libros encuadernados en pergamino. En un inventario de oficina de 1784 se hace constar las 4 *plumas* de ave o gallinazo, la “navajade cortaplumas” para tajarlas, y unas tijeras para cortar las obleas de papel, cuadrada o romboidal que se aponían y plegaban al lacre rojo del sello para protegerlo en el dorso de las cartas (Romero, 2014)

Desde esas plumas de ánsares, gallinazos y gansos, llenas en un tintero, se colmaban surcos en el papel con un “licor negro” o una pasta metaloácida (Nunes, 7), formada de agua, vino, minerales o caparrosas de hierro o de cobre, cáusticos y vitriolos ennegrecedores de maceradas, cocidas y ácidas agallas (“cierto vicio que echan los árboles, como los robles, redondo, a manera de bodeques o bolas pequeñas”, según Covarrubias) o también el ácido de cáscara de granada o de algarroba o de lías de vinos o de casca de encina y castaño. Todo. Agua, mineral ferroso y agallas, aglutinado y cocido en goma arábica para que las partículas no se fueran al fondo. El ácido de la agalla y el óxido del metal mordían y quemaban el papel. Los escritos de las Indias se forjaban así en una especie de fuego. Así resultaban prácticamente imborrables, incluso al derrame de agua sobre el papel, lo cual era una garantía de autenticidad de los documentos. Con razón Miguel Hernández llamaba en sus *Poesías* “cálidas” a las cartas, las imaginaba un palomar de “palomas forjadas al fuego”, al fuego indeleble de la tinta ácida u oxidante (60).

Hoy todavía, al acabar la jornada de investigación, tras leer y hojear, en las mesas del Archivo de Indias el gran legajo de papel de hilo, conocido por “Justicia 359”, en tres piezas del juicio de residencia a Pedrarias Dávila, gobernador de Castilla del Oro, el fundador en 1519 de la ciudad de Panamá y ejecutor de la muerte de Vasco Núñez de Balboa, deja dispersas en la superficie de las mesas de los investigadores y archiveros partículas metálicas con óxido de la tinta de siglos, que hoy día llaman mucho la atención al personal de la limpieza.

Los secretarios de reyes y virreyes tampoco utilizaron el papel secante de la tinta, sino el salvado de trigo, depositado en una salvadera, que formaba parte de sus escribanías y que hoy día todavía se dispersan en el archivo. Entre las costuras de los mazos de pleitos de justicia, revisados y apelados en el Consejo, se esconden todavía bastas cascarillas de trigo que quedaban en la harina después de molida y fueron empleadas y arrojadas por el escribano cuando quería secar la tinta en el último renglón. Los pleitos de Justicia nunca se han custodiado en un pajar, sino que fueron secados con las salvaderas.

Algunos documentos, raros, los mapas de las nuevas tierras y los planos de las recién pobladas ciudades, hechos a mano, que sustituyeron a la fotografía hasta el siglo XIX, aparecen rellenos con surcos rellenos de un puré o *tinta* de agua, con aceite incorruptible de cedro, o aceite de linaza, yema de huevo... y según el color de la tinta, con negro de humo, bermellón, añil, azafrán, palo de brasil, rubia, junto a la goma arábica, vinagre, úrea mordiente, vino, etc.

Existía en la oficina del sello de la Audiencia de Quito una escribanía con *tintero* (“vaso donde tenemos la tinta” según Covarrubias, y “de muchas figuras y materias”, según el Diccionario de Autoridades) y salvadera (“vaso cerrado con unos pequeños agujeros por la parte de arriba en que se tienen los polvos para echar sobre lo que se escribe a fin de que se seque y no se borre lo escrito” según Autoridades). Era una más de las que en los siglos pasados enriquecían el mobiliario de cualquier oficina importante. Vallano, su escribiente dio cuenta de un material de salvadera oriundo y propio de las Indias. Había adquirido un tintero o vasija de pequeña totuma, hecha del fruto de un árbol, parecido a una calabacita, bien curado en su corteza, seco, sin carne y sin pepitas, que era también de “los que se gastan en el país” para tomar chocolate, café o chicha. En la cuenta del siguiente año el tintero deja de ser de totuma para ser una jícara de “pilche”, fruto también redondo de 10 a 15 centímetros de diámetro que al secarse su cáscara al modo de la calabaza se vuelve dura, casi como la loza, y apta para contener y beber líquidos por los indios de la sierra de Ecuador. Pilche y totuma, junto con la guira del que salía la vasija denominada jícara, son palabras que forman parte del léxico vasijero de los países andinos y que aquí incorporamos al mundo de la escritura (Romero, 2014).

Las puntas de grafito y arcilla húmeda encajadas en carcasas de madera y portaminas metálicos, los llamados *lápices*, no aparecen en los papeles del archivo de Indias hasta el siglo XIX. El lápiz no fue instrumento escritorio de la conquista y colonización. En su lugar se empleaban puntas secas de plomo que dejaban un surco vacío de color sobre el papel.

CONCLUSIÓN

Están libros y documentos del Archivo General de Indias aferrados tenazmente a sus mensajes por la inercia de los papeles de hilo y tintas ferruginosas y de agallas. En ellos como asevera Emilio Lledó “la escritura es la presencia de una ausencia, el reflejo de una realidad, el eco de una voz perdida que, a través de la letra, conserva una parte de su sentido y su aliento”(1998, 104). La escritura es silencio y conversación, es ausencia y presencia, es inercia y aliento, es corporeidad y alma.

BARBIER, Frederic: *Histoire du livre en Occident*. Paris: Armand Colin, 2012.

BRAUDEL, Ferdinand: *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*. México: Fondo de Cultura, 1953.

CERVANTES SAAVEDRA, Miguel de: *El viaje al Parnaso*. Madrid: Castalia, 2001

- Codoin o *Colección de documentos inéditos relativos al descubrimiento, conquista y colonización de las posesiones españolas en América y Oceanía*. Madrid: Manuel B. de Quirós, 1864 - 1884. Vol.. VII
- DOMÍNGUEZ REY, Antonio: *Palabra respirada: hermenéutica de lectura*. México, Eón, 2003
- HERNÁNDEZ, Miguel: *Poesías*. Madrid: *Taurus*, 1969.
- HURET, Jules: *Enquête sur l'évolution littéraire* Paris: EmilleCollin, 1891
- ICIAR, Juan de: *Recopilación subtilissima titulada Orthographiapratica*. Zaragoza, por Bartolomé Nagera, 1548.
- LLEDÓ, Emilio: *Elogio de la infelicidad*. Valladolid: Cuatro ediciones, 2005.
- MARTIN, Gerard: *Le papier*. Paris: PressesUniversitaires de France, 1964
- MEXÍA, Pedro. *Silva de varia lección*. Ed. A. CASTRO Díaz. Madrid: Cátedra, 1990.
- MORGADO, Alonso de: *Historia de Sevilla...* Sevilla, 1587
- NUNESCARVALHO, David: *Forty Centuries of ink*, Nueva York, 1971.
- PALOMARES, Francisco Xavier de Santiago: *Arte nueva de escribir, inventada por el insigne maestro Pedro Díaz Morante, e ilustrada con muestras nuevas*. Madrid: Antonio de Sancha, 1776.
- PÉREZ MALLAINA BUENO, Pablo Emilio: *Andalucía y el dominio de los espacios oceánicos: La organización de la carrera de Indias en el siglo XVI*. Sevilla: Corporación tecnológica de Andalucía, 2010.
- PÉREZ DEL Barrio, Gabriel: *Secretario y consejero de señores y ministros*. Madrid, 1645.
- POLASTRON, L. X.: *Livres en feu: Histoire de la destructionsans fin des bibliothèques*. Paris: Denoël, 2004.
- REIN, Adolf: *Der kampfWesteuropas um Nordamerikaim 15 und 16 jahrundert*, Stugart-Gotta: Perthes, 1925.
- ROMERO TALLAFIGO, M.: "El uso cotidiano del Real sello en la Audiencia de Quito a través de unas cuentas de cancillerato, 1779-1793 ". En *Revista de Humanidades*, 22 (2014)
- SÁNCHEZ-ALBORNOZ, Claudio: *España: Un enigma histórico*. Barcelona: Edhasa, 1985
- STAIKOS,KonstatinosSp.:*The history of the library in western Civilization*. Newcastle, Delaware, OakKnollPress, 2004, XV.
- TANODI, Aurelio: *Documentos de la Real Hacienda de Puerto Rico*. San Juan de Puerto Rico: Universidad, 1971.
- VITORIA, Francisco de: *Relectio de Indis*. Madrid, CSIC, 1989.
- ZAPATA, Luis de: "Miscelanea". En *Memorial Histórico Español*, tomo IX. Madrid, Real Academia de la Historia, 1859.